

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL MISTERIOSO ATAQUE DEL PELO FELINO DEL ESPACIO EXTERIOR

- Quién mierda dice que no podemos? – preguntó el investigador espacial, Raymond Armstrong.

- No sé... Dios?... A lo que voy es que tenemos que limitarnos a nuestra propia existencia. Que nos entendamos como humanos para recién ahí poder entender el resto. Cómo vamos a hacer para entender al Espacio si no entendemos a Tammerlane? – aseguró el joven investigador, Charles Cromwell, el cual apostaba demasiado a la evolución de las cosas.

Se encontraban en la Oficina de Investigaciones Extraterrestres de Tammerlane, pendientes al monitor. Hacía unos minutos había surgido cierto diálogo que parecía mejor dejarlo para un bar, antes que a la vista de los compañeros los delate con el jefe.

Mientras, el jefe, escuchaba toda la conversación desde el otro lado de la puerta usando uno de esos micrófonos amplificadores que estaban desparramados por el lugar. Cuando no pudo más, y se le presentó de improvisto.

- Bueno... bueno... bueno... Que se acabe acá!! No queremos discusiones filosóficas. Y a vos, Charles: si te interesa el trabajo de búsqueda extraterrestre, quedate. Sino salí por esa puerta y dedícate a escribir libros de autoayuda.

Charles no tuvo más nada que decir: su jefe tenía toda la razón. Y no podía ir por la vida renegando de todo, incluso de lo que le pagaban para vivir.

Así que regresó a su asiento, bebió un sorbo de café helado, y sus ojos se clavaron en el monitor.

Mirando los puntos del radar vía internet, se dispersó pensando en la mujer que estaba perdiendo: Aldana, 27 años, un año más que él.

La situación residía en que Charles se consideraba un rebelde, un joven pensante en medio de aquellos personajes sistematizados del Sistema, durante aquella década del '50. El choque constante lo arrastraba inconscientemente a que haga de una buena vez las pases con cierto sector de Tammerlane, como vivir en paz.

- Vengo por el trabajo de búsqueda extraterrestre. – le dijo al que terminaría siendo su jefe, allá por el 22 de Agosto de 1955.

Tammerlane se encontraba en plena Era "fría", en donde el mismo Estado había declarado la guerra a los Tammerlanistas, y no sólo temía de sus

habitantes (posibles semillas saboteadoras) sino que empezaba a proyectar una paranoia hacia arriba.

Del Espacio podían llegar extraterrestres invasores, plagas, meteoritos.

Finalmente, el Pueblo abrió cientos de oficinas para investigar lo que sea acerca de aquel maldito espacio exterior y prepararse para detonar sus bombas y misiles a lo que pudiera llegar a asomarse. Para esto, el Gobierno se valió de tomar a los desempleados de siempre para ponerlos a trabajar en fábricas de misiles nucleares, como en los centros de investigación.

El resultado de todo esto fue un simple eslogan de campaña que "...estando atentos al Espacio, creamos cientos de puestos de trabajo para un Pueblo que marcha hacia el Futuro".

- Tengo la teoría que Tammerlane no es el único lugar del Mundo. No puede ser que nosotros, un Pueblo, estemos flotando en el espacio. Sino, qué mierda son las palabras "Ciudad", "Planeta"...? – dijo el joven pensador, tecleando teclas en su computadora, una vez que su jefe salió de la oficina.

- "Planeta"? De dónde sacaste esos... términos, Charles? Estuviste frecuentando el local de malteadas para mezclarte con esos literatos pandilleros?

Charles no quiso continuar.

Tan sólo hizo un silencio y se guardó sus verdades en el bolsillo: jamás lo entenderían, porque estaba rodeado de simplones. De qué servía creer en que Tammerlane se tenía que conocer más a sí mismo antes de investigar el exterior, cuando todo se reducía a que gran parte del Pueblo era como un barrio de ignorantes. La triste culpa se ocultaba en la masa dominada bajo Gobiernos democráticos o militares que lo único que hacían era mentir y morder la porción, bajo el ala de movimientos de prensa y silencio.

Y el botón colorado se encendió.

Charles se puso de pie y no supo a dónde ir. Su manual de emergencias advertía de avisar a sus superiores, o en casos mayores tomar un matafuego.

La cuestión no estaba para matafuego. El problema era del espacio exterior.

- Qué te pasa en la máquina?! – le preguntó Raymond.

- Un punto se acerca a Tammerlane, y va a estrellarse en mi barrio!

Minutos después, Charles, sus compañeros, su jefe y sus siguientes jefes, investigaban el gran hoyo en la Plaza Nuestro Señor De Tammerlane.

Se acercaron al inmenso cráter, y descubrieron aquel meteorito advertido desde el monitor del protagonista.

- Que carajo puede ser? – preguntó Ray. – Hoy tengo guiso en casa y no quiero faltar. Decime una puta teoría rápido, la anoto y nos vamos a dormir.

- No sé. Todavía no entiendo nada de esto. – se explicó Charles. – Esto parece... parece un... no sé... un ataque extraterrestre?

Ray apuntó en la hoja, cerró la carpeta y dio media vuelta.

- Listo. A comer guiso con vino. Esta noche quiero tirarme unos buenos pedos en la cama.

- Y qué pasa con los jefes? Nos van a dejar ir con esa pelotudez?

- No te preocupes, Charles. Los jefes se quedan por el café, y de paso surgen algunos cruces de sobres con billetes. Pero a vos no te va a tocar ninguno. Fichá, anotate las horas extras por las dudas que nos caguen, y andá a hacerte una paja y dormir un rato. Lo necesitás.

Y Raymond se retiró

Cuando Charles regresó a su casa, se encontró a su novia tirada en la cama, dormida, abrazada a un gato que jamás había visto en su vida. Más allá del extraño pelaje amarillo platinado, recordó que las reglas de Aldana eran “ninguna mascota, bajo ninguna circunstancia”.

- Aldy. – le dijo Charles, tocándole tímidamente el pie.

La joven abrió lentamente los ojos.

- Qué pasó? Qué hora es?

- Hubo una alerta en el trabajo. Pero está todo bien. Tammerlane está a salvo – ironía de por medio, y - ... ahora... una pregunta...

- Sí.

- Qué hace ese gato que tenés ahí abrazado? No era que... digo, las mascotas...

La chica se enderezó y se reencontró con el animal.

- Apareció hace unas horas. Entró por la ventana, desesperado, como si tuviera miedo...

- Entonces?

- Entonces se queda. Te la pasás todo el puto día trabajando, llegás a casa y no hablás otra cosa que no sea del trabajo y los problemas que te hacés ahí... Creo que Cèline puede quedarse y hacerme mejor compañía.

- A-há! Cèline! – dijo Charles, paralizado por el ataque - ... O sea, éste gato... Cèline,... va a cuidarte mientras no estoy, va a hacerte compañía. Y el resto... que se cague, no?... – más serio - No sé para qué mierda seguimos juntos? Para que te termines dando cuenta después de estos dos años, que en realidad preferís los gatos?... No quisiera imaginarme si hay otros “gatos” alrededor de la casa.

- Estás enfermo...

Charles dejó sus cosas sobre el maldito suelo del maldito cuarto, e inmediatamente salió al maldito comedor, para sentarse en el maldito sillón, a discutir mientras descansaba del día, tal como todas las últimas malditas noches: es decir, la maldita rutina se había vuelto realmente maldita.

- Algo más para decirme?... Digo... porque seguramente te quedan cosas guardadas.

- Lo único guardado que tengo es que esto está acabado y no queda otra cosa que hacer más que definir quien se va de esta casa. Por mi parte, quisiera seguir alquilándola yo sola.

Salió por la mañana y tomó el tranvía.

Se sentó en su asiento habitual, y más allá del cansancio de sus ojos, pudo distinguir aquellos pelos de gato en su ropa.

Quiso gritar “mierda”, pero no lo hizo. No por miedo a que lo vean como loco, sino porque explicar su repentina locura a quien se indigne, lo llevaría a volver al reciente pasado mediocre.

Cuando llegó al trabajo, su compañero Raymond lo abrazó.

- Encontramos materia orgánica en el hueco del meteorito!

Charles se dirigió al vestuario y tomó el uniforme: se calzó aquella camisa azul marino con botones amarillos en detalle, y la gorra de visera roja con el logo de la empresa contratista. Luego le preguntó a su compañero:

- Entonces tenía razón? Eran extraterrestres?

- Hasta ahora se sabe son restos de líquido amniótico, y unos pelos amarillo-platinados. En un rato van a dar más detalles.

- Unos pelos? – se preguntó Charles – Y hay algo de hacernos empleados del mes? Podría pedir el premio en efectivo para mudarme.

De repente, el jefe de centro de investigaciones entró al vestuario y los descubrió hablando.

- Lo único que va a pasar es que se vayan a sus puesto. “Empleado del mes” no existe si no existe el mismo desempeño. – y aclaró... - Los felicito: sigan así.

Charles se sintió seguro de sí mismo: había hecho el descubrimiento, había participado en la exploración, y con eso consideraba pagar el derecho de piso para tener más soltura en su vida laboral. Así que simplemente se acercó a su jefe, y lo abrazó.

- Qué hacés?

- Festejemos el hallazgo. Nada más que eso.

- A mí me parece que te estás equivocando. No me gusta que me toquen. Y menos los hombres. – y apartó al muchacho.

Charles retrocedió. Pidió perdón y sonrió. Estaba listo para continuar su día de trabajo.

El jefe Andrew regresó a su puesto con algunos pelos de Cèline en la ropa. Aquellos malditos amarillos-plateados habían partido de la casa de Charles, la cual había sido infestada desde el momento en que el felino puso una pata en el lugar.

Tomó asiento frente a su escritorio, y pegó los ojos a los dos monitores. Por uno, investigaba el Espacio y controlaba que nada se acerque a Tammerlane; por el otro, controlaba la oficina donde Charles y Ray controlaban los otros monitores al Espacio.

Se rascó un pelo felino, el cual había atravesado el cuello de su camisa y había llegado para hacer cosquillas en su piel.

Se detuvo en cierto detalle.

Desde aquella cámara de circuito cerrado se podían ver ciertas cosas, cosas en las que nunca había prestado demasiada atención.

Tocó un botón y llamó a su cadete preferido.

- Mirá, Tommy. Ves lo que veo en la pantalla? – le preguntó una vez que lo tuvo al lado.

Tommy miró la imagen en blanco y negro.

- No... Sí,... dos tipos sentados frente a sus monitores. – miró a su jefe – Les digo que dejen de charlar?

- No, no es eso! Pregunto si ves un detalle,... algo imperceptible...

- No... no sé, creo que no. – tímido.

- A Charles se le ve la raya del culo. Si te fijás con detenimiento, se la línea del culo le asoma por el pantalón... Y no te dan ganas de comerte ese culo?

Tommy retrocedió intrigado, un poco asustado del sorpresivo cambio de personalidad de su jefe. Ahora éste lo miraba fijo, con los ojos rojizos, perdidos. No entendía lo que pasaba.

- Por qué te vas? – le dijo tildado, vacío, poniéndose de pie, acechándolo lentamente. Tommy seguía retrocediendo a la salida, muy lentamente, casi hipnotizado por aquella mirada.

- Jefe, es usted?

- Claro que soy yo... o vos nunca tuviste ganas de comerte el ano de un hombre, por más mierda y pelos que tenga?

Tommy no lo podía creer. Su jefe era el clásico ejemplo del homofóbico, pero aquel día se había transformado en un trastornado homosexual.

- Me dejás comerte el culo?... – avanzó un poco más a la presa. - Estoy tan excitado con lo que acabo de ver, que me dejaría comería cientos de culos como el de la pantalla.

Tommy retrocedió y cayó al piso. Su jefe se lanzó sobre él.

Enseguida, el grito.

Charles y Ray llegaron a las corridas. Sus piernas no dieron abasto, casi en vano.

Porque cuando abrieron la puerta, el jefe había comenzado a penetrar analmente al pobre cadete.

- Sáaaquenlo de enciiiiiaah...ma! Estáaa... está... loooocooaaah... - gritó el muchacho en medio de la violación.

Los salvadores miraron a su alrededor. Raymond ubicó una escoba y se la partió en la cabeza del demente.

El jefe Andrew levantó la vista, lo miró fijamente, y finalmente se desmayó.

- Me hizo el culo! Me hizo culo! Cómo carajo hago para volver a casa y contarle a mi familia?! Qué mierda le explico a mi novia...?! – gritó el cadete Tommy Wuesmuller, poniéndose de pie, subiéndose los pantalones. – Se va a enterar todo el barrio, Dios mío!!

- Pero, qué pasó?

- Pasó que hay que llamar a la policía! Que lo lleven directo a la silla eléctrica!!

Ray se rascó el pecho, justo a la altura de uno de esos pelos amarillos-plateados que le habían pegado de Charles. Y clavó sus ojos en sus compañeros.

- Qué problema hay? Después de todo... quién no tuvo ganas de comerse un culo masculino?

Charles y Tommy retrocedieron.

- Es la misma mirada!

- Algo está pasando, Tommy! No puede ser que de un segundo a otro se hagan maricones!

- Debemos detenerlos! – dijo en perfecto neutro con todo el sentimiento, y enseguida le cruzó la cara con el resto de la escoba.

Ray cayó al piso desmayado.

Charles y Tommy se miraron.

- Evidentemente un virus entró al centro. Algo nos está haciendo homosexuales. – intentó entender el alterado Tommy.

- No sé. No creas todas esas historias paranoicas. Al fin y al cabo, los virus y los extraterrestres son locuras del Gobierno para someternos a una guerra fría y silenciosa, y distraernos de los problemas reales.

- Eso lo decís porque no te pasó lo q... - y Tommy se dobló en dos.

Un silencio.

Charles lo observó con temor.

- Qué pasa? Duele algo?

Tommy alzó la cabeza y clavó sus ojos colorados, los cuales intentaban contener la fuerza interna que lo obligaba a llevar adelante el extraño deseo.

- Tennenng gaaanas de unnn cuuulo!!!

Charles retrocedió.

- Oh, mierda! Vos no!

- Quiero hacerte el amor! Amor entre hombres! Libertad para el Pueblo! Los homosexuales al poder!! – y tiró manotazos para alcanzarle las partes.

Charles alcanzó un matafuego y con éste noqueó al cadete.

Cuando el joven se encontró con los tres en el piso, se detuvo en pensar cómo podría explicarle a la policía? Qué pasaría con él?... Y si ahora era su turno de hacerse homosexual?

La angustia lo atacó. Se preguntó si aún le gustaban las mujeres, y supo que sí.

Las palabras de Tommy bien podrían haber sido ciertas: un posible virus atacando a la base. Pero, qué clase de virus?

El contacto con el laboratorio había sido telefónico, nadie ajeno al centro había estado en el día, no había restos de ningún frasco extraño. Tan sólo ellos y él.

Se detuvo en cierto detalle: en el interior del meteorito habían encontrado restos de pelo amarillo-plateados, la misma clase de pelos que tenía el nuevo y misterioso gato de su novia. Aquellos pelos habían salido de su casa con él, seguramente hasta dispersarse en el trabajo.

Miró las ropas de todos: el jefe y Ray habían tenido contacto físico con Charles, mientras que Tommy se quedó con algunos pelos del jefe.

- Mierda! El gato es un extraterrestre! – gritó en voz alta. – Y yo transporté el virus.

Salió al pasillo, y bebió agua del tanque.

Respiró.

Si bien aquel trabajo no le parecía interesante, le parecía increíble que pudiera haber algo de verdad en todo: el Espacio había disparado hacia Tammerlane un ser vivo con una misión. Entonces Charles tuvo la teoría que aquel gato había caído cerca de su casa con una intención: desparramar pelos virósicos que infectarían a todos los habitantes de Tammerlane hasta convertirlos en homosexuales.

Pero, cuál era el fundamento para convertir el Pueblo en homosexual?...

Los extraterrestres no tenían un plan de guerra armamentístico sino frío y silencioso. Convertirían a todos los habitantes en seres solamente se relacionarían con su mismo sexo, para jamás volver a reproducirse. Con el tiempo, la raza humana se extinguiría hasta dejar el lugar listo para la llegada de los pacientes seres del Espacio Exterior.

Charles se miró su ropa con pelos y enseguida se desnudó: estaba lleno de gérmenes para seguir sembrando.

Finalmente, salió a la calle, y atravesó decenas de cuadras a las corridas.

Llegó hasta su casa, abrió la puerta y entró.

Más allá que ya no se amaban, era la única persona con la que quería compartir el Holocausto del ataque de gatos siderales.

- Aldana! – gritó buscándola, pero no obtuvo respuesta.

Llegó hasta el cuarto.

Abrió la puerta y se encontró con la sorpresa final: su novia estaba echada en la cama, completamente desnuda, manteniendo relaciones sexuales con otras tres amigas de toda la vida.

- No, Aldana! No a vos! – dijo en un acto de confusión y desesperación, ante la decepción de perderla entre otras lesbianas.

Retrocedió unos pasos y las observó a las cuatro, tan hermosas y entrecruzadas en carnes tersas, allí tiradas, mezclando sus besos y fluidos. Y a un costado de la gloriosa orgía, el maldito gato.

No había otra salida. Hasta el momento no había una cura al respecto, y cualquier persona infectada podía ser un caso perdido, un foco de infección para crear más homosexuales.

Corrió hasta la alacena, tomó la vieja escopeta de papá y regresó al cuarto.

Apuntó a la cabeza de su mujer, y tomó coraje recordándose que de todas formas la relación ya se había acabado hacía tiempo.

Arrebatado por el peso de la decisión, cambió de dirección y voló al felino en cientos de pelos y pedazos.

Las mujeres continuaron haciendo el amor sin inmutarse.

Volvió a apuntar a su chica.

Preparó el gatillo. Lagrimeó. Apuntó.

Aldana estaba servida en la mira.

Realmente era hermosa, y aún más en aquella situación lésbica. Es más: todas ellas estaban hermosas.

Tomando a la relación como perdida, y perdida a toda Tammerlane los tantos otros meteoritos que no tardarían en llegar, Charles bajó el arma y sonrió. Se supo portador de aquel virus, pero no atacado por el mismo: gracias al Cielo no era homosexual.

Se frotó las manos, pensó en su eterno deseo de una orgía con lesbianas, se preparó, y se lanzó al medio de la acción.

Comenzó por penetró a la primera que se le cruzó por el camino, y para su suerte nadie se inmutó.

De esa forma, el virus del pelo felino del espacio exterior no pudo ser detenido, y de esa forma se dio comienzo, querido lector, al mejor ejemplo de la conveniencia del habitante tipo de Tammerlane, el cual pudo haber sido un héroe, pero prefirió resguardarse en su conveniencia egoísta.

El enemigo oculto sabía qué clase de cartas jugar a la hora de enfrentar a la raza humana.

Unas pocas eran suficientes.

FIN